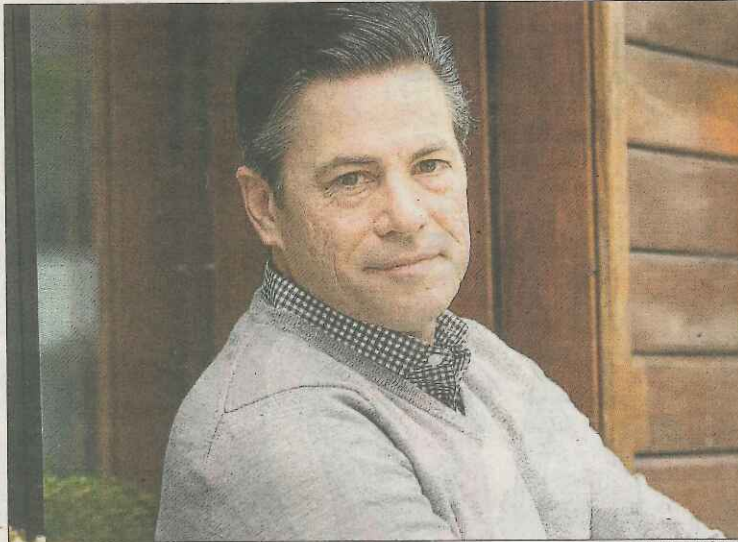


# El Pulitzer JR Moehringer encierra el mundo en un bar

El autor de 'Open' publica 'El bar de las grandes esperanzas'

PEDRO VALLÍN  
Madrid

La propensión a la épica es un atributo masculino –por razones que explica con detalle el Pulitzer Jared Diamond en *¿Por qué es divertido el sexo?*, (Debate)– que acaba por conferir cualidades sagradas a los espacios en que forjamos una identidad. Por ejemplo, el bar. Allí, en un bar, se fraguó la redención del niño JR Moehringer (Nueva York, 1864), hijo de madre separada, luego estudiante de Yale, premio Pulitzer de periodismo y coautor de las muy celebradas memorias de Andre Agassi, *Open* (Duomo Editorial). La historia de cómo un bar, el Dickens (luego Publicans) de Manhasset, lo salvó antes de que Yale lo iluminara, la cuenta Moehringer en *El bar de las grandes esperanzas*, libro que conmovió a Agassi y que ahora lanza en España Duomo Editorial. La novela de Moehringer –que lo es por más que “el cien por cien de lo que se cuenta es real, y todos los personajes llevan sus nombres verdaderos”, explicaba el autor a este diario– es un cuento de cuentos, donde cada personaje de la fecunda fauna etílica, incluido el autor desdoblado en protagonista, se esmera en el gratificante arte de narrar. Como si le fuera la vida en ello. ¿Quizá contar es curar? “Lo cierto es que la terapia tiene que venir mucho antes de la escritura. Te vas contando tu propia historia a medida que avanzas. Te la cuentas a ti mismo mientras estás durmiendo, o tomándote un café y si te la cuentas bien, puedes sobrevivir a una infancia dura, a un trauma, a lo que sea. Si no, tienes que volver a contártela. Una y otra vez. Pero cuando llega la hora de escribir un libro así, tienes que habértela contado bien. Si no lo has hecho, dejarás de escribir el libro en la cuarta página”, explica Moehringer. “Cuando estás es-



EMILIA GUTIÉRREZ

JR Moehringer, ayer, en un hotel madrileño

cribiendo hay mucho que hacer. Hay estructuras, lenguaje, caracterización... no tienes tiempo para hacer terapia”. Lo que lo lleva a recordar la cantidad de escritores que aseguran haber llorado al escribir tal o cual pasaje. “Siempre pienso que eso es basura. Tiene que ser mentira porque no puedes escribir si es-

**“El llanto tiene que estar tachado de tu lista de cosas pendientes si quieres escribir”, asegura el autor**

tás llorando. El llanto tiene que estar tachado de tu lista de cosas pendientes si quieres escribir”, sentencia.

Dos grandes mitos presiden el libro. La primera parte, la infancia y adolescencia de Moehringer, está marcada por Dickens. Como el bar de su tío Charlie llevaba su nombre y su cabeza lo presidía, “empecé a leerlo a medida que escribía el libro, y eso reforzaba el sentido de ausencia

total de paternidad en mi vida, una especie de caos sujeto sólo por una especie de amor entre toda esta gente sin amor”. Y la segunda, a partir de su ingreso en Yale, por la sombra de Fitzgerald. O, mejor, de Jay Gatsby, impugnación del mito del *País de las Oportunidades*. “Sólo porque sepamos que los mitos no son verdad, no significa que pierdan su poder o su capacidad para darnos ánimo. Toda América sabe que el *País de las Oportunidades* es un mito, pero es un mito que hace a la gente levantarse cada mañana”. Un mito que a él lo llevó hasta esa mítica Camelot del periodismo llamada *The New York Times*, donde no se quedó ni ganó el Pulitzer. En la primera página de su novela leemos: “Aunque me temo que nos sentimos atraídos por lo que nos abandona, y por lo que parece más probable que vaya a abandonarnos, finalmente creo que nos define lo que nos acoge. Yo, naturalmente, correspondí al bar y lo acogí también, hasta que una noche el bar me rechazó, y con ese acto de abandono final, el bar me salvó la vida”. Ese es el comienzo de todo.●

Xavier Antich



## Sueños de libertad

En la película *The Shawshank Redemption*, traducida aquí como *Cadena perpetua* y en Argentina como *Sueños de libertad*, protagonizada por Tim Robbins y Morgan Freeman, hay una escena memorable. El filme tiene lugar en el penal de Shawshank, a donde llega condenado por asesinato un ejecutivo. Cuando Andrew Dufresne, que es su nombre, se ha ganado la confianza de los funcionarios, pone en marcha una biblioteca para la que recibe, en respuesta a su insistencia, un lote de libros y unos discos de vinilo. Con gran astucia, el prisionero cierra la biblioteca, pone un disco en el tocadiscos, conecta el micrófono y los altavoces de la prisión, y empieza a sonar, por todo el penal, Sull'aria... che soave zeffiretto, el maravilloso dúo de Susanna y la Condesa Almaviva en *Le nozze di Figaro* de Mozart. La irrupción de este prodigio en la prisión paraliza a los prisioneros y provoca un momento mágico, como expresa Red: “Os aseguro que estas voces te elevaban más alto y más lejos de lo que nadie, viviendo en un lugar tan gris, pudiera soñar. Fue como si un hermoso pájaro hubiera entrado en nuestra monótona jaula y hubiese disuelto aquellos muros, y, por unos breves instantes, hasta el último hombre de Shawshank se sintió libre”.

La escena ilustra, como una metáfora, sobre la naturaleza incontenible e indomable, incluso en situaciones extremas, del deseo de libertad, que bien puede considerarse consustancial al ser humano, aunque algunos (como aquel Erich Fromm que en otras épocas estaba tan de moda) piensan que hay, en nosotros, una tendencia a ceder completamente la libertad propia, por miedo a la responsabilidad que implica su ejercicio, y a someterse en todos los niveles de la vida personal y política.

**El indomable deseo de libertad es consustancial al ser humano, incluso en situaciones extremas**

Desde que vi el filme asocio este pasaje a las palabras de Tocqueville en su libro *El Antiguo Régimen y la Revolución*, un clásico del pensamiento político con siglo y medio de vida: “Me he preguntado

a menudo dónde radica el origen de esta pasión por la libertad política que en todos los tiempos ha llevado a los hombres a realizar las cosas mayores realizadas por la humanidad, en qué sentimientos arraiga y de cuáles se nutre. Y pienso que, cuando los pueblos están mal gobernados, sienten espontáneamente el deseo de gobernarse a sí mismos”. Cuando el deseo de libertad despunta, cuesta detenerlo.

Por eso, extraña que alguien sin déficits cognitivos graves compare la expresión colectiva del deseo de libertad, en forma de manifestación pacífica y respetuosa de centenares de miles de personas en la calle, independientemente de que se compartan o no sus objetivos, con las concentraciones de Corea del Norte o con las masas filmadas por Leni Riefenstahl en Núremberg. O, en realidad, eso hace alguna cosa más que extrañar: es un insulto a la inteligencia y un despropósito que tendría que avergonzar a quien pretende hacer pasar este símil aberrante por argumentación solvente.